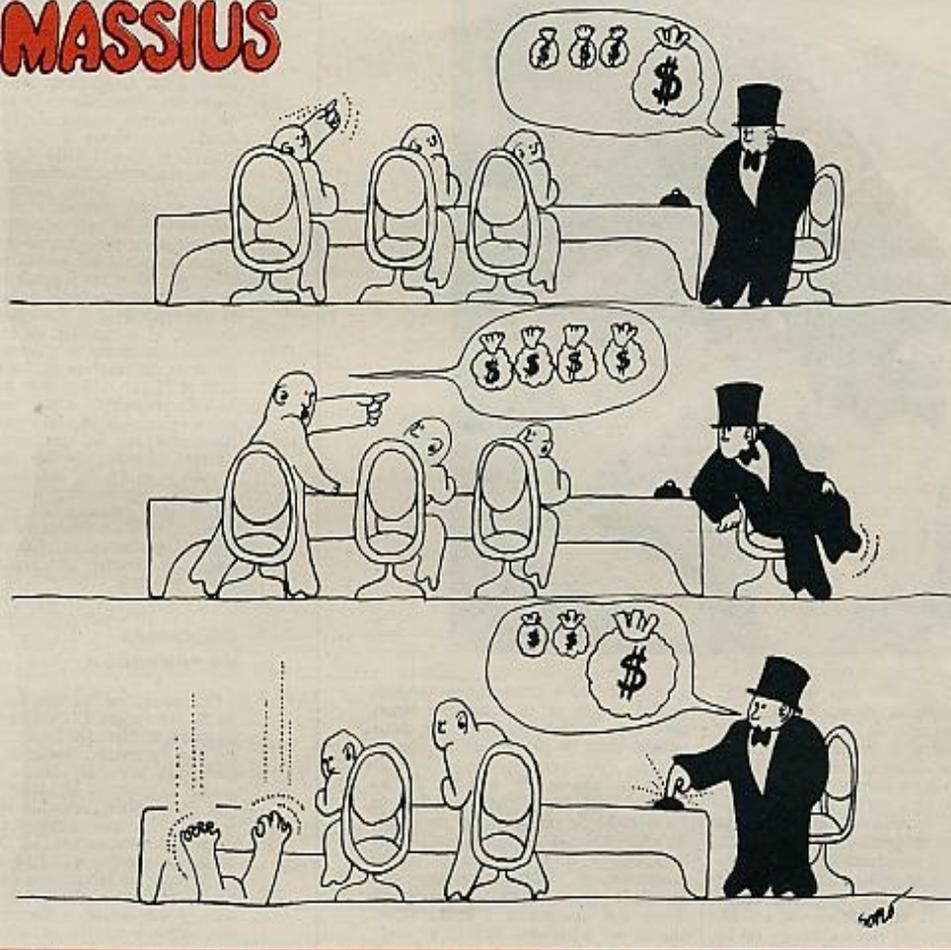


EN PUNTO

concepto «decadente» del término, sino que, por el contrario, se traduce en una defensa ardiente de la libertad del hombre, de una libertad que hay que ir conquistando día a día, aunque la mayor parte de las veces la lucha sea estéril, ante la desproporción de los medios de que disponen quienes aspiran a ella y quienes tienen interés en suprimirla. Pablo, al morir, pedirá a sus asesinos, como única condición para dejar de disparar sobre ellos, que digan a María, que quedó atrás, que logró salvarse; de este modo pervivirá la esperanza. Y terminado el film, una voz en «off» comentará, escuetamente: «Quienes no conocen esto, creen que el mate se cultiva en los jardines».

No se piense, sin embargo, que se trata simplemente de un film «social» en la vieja y ya un tanto desacreditada acepción del término. Si es cierto que nunca, o muy raramente, el cine nos había presentado con tanta verdad el horror de unas condiciones de trabajo infrahumanas, las vejaciones a que, sin cesar, son sometidos hombres y mujeres hasta en lo más íntimo, no lo es menos que del film está ausente toda demagogia, que en ningún momento se cae en simplificaciones, en la creación de «héroes positivos». Los personajes, todos, son víctimas de unas contradicciones que desde sus posturas no pueden superar, reflejo de unos condicionamientos que hacen que su rebelión se estrelle frecuentemente contra obstáculos infranqueables y que lo único que les quede sea una dignidad interior hollada siempre, en lo exterior, por los otros. Así le ocurre a Flora, en continuo vaivén de un hombre a otro, y en mayor grado a las otras mujeres, desde la chiquilla «reventada» después del baile a la mujerona que se toma las cosas con filosofía y contabiliza los hombres con los que ha estado la misma noche para obtener unos billetes de la Compañía. Film enormemente rico, pues, «Fieras humanas» merecía mejor suerte de la que ha tenido en su estreno. Merecía, sobre todo, haber sido lanzado convenientemente, de modo que no pasara inadvertido. Porque se trata, repito, de un film extraordinario. ■ C. S. F.

MASSIUS



TEATRO

«Las criadas», de J. Genet

Una enorme pendiente forrada de chapa. Limitando todo el escenario, un semicírculo de monumentales rectángulos brillantes, que giran sobre su eje y devuelven, como espejos, las luces y las imágenes. Un gran hueco redondo en el centro y, en él, un colchón circular cubierto de sábanas negras.

Desde la escenografía al último gesto de las actrices, al último elemento del vestuario, existe un incontestable rigor que, esta vez, intenta expresar el orden interior de los personajes a través de una deslumbrante teatralidad. Porque ésta es, justamente, la característica que hace de «Las Criadas» un hecho singularmente importante en la vida teatral española. Víctor García, el director, ha recreado escénicamente la obra según su personalísima sensibilidad poética, pero apoyando siempre en el propio Genet toda la cautivadora teatralidad de su montaje.

Dijáramos que Víctor García ni ha traicionado la obra ni se ha limitado a amarla escénicamente. Se ha dejado arrastrar por ella y ha creado los signos teatrales que, desde su interpretación creadora, procedían. La escena ha perdido nuestro ya tradicional sentido «ilustrativo», ha huido de servidumbre para convertirse en un factor de la creación, en una exigencia visual, en el ojo en blanco de una poética corporal, gestual, caricaturista y, al fin, no puramente literaria.

Genet habla una y otra vez de Cere-

monia. También ha dicho que el mundo era una galería de espejos reflejando la debilidad y la inconsistencia del hombre. Y que su teatro no era naturalista en absoluto — recordemos su petición de que «Las criadas» fuera interpretada por hombres vestidos de mujer —, sino alzado al modo de una «Pesadilla real».

Aquí está la pendiente del escenario ofreciendo la obra en un espacio «irreal». Aquí están las telas negras y rojas de las criadas rebeldes y los velos dorados de la señora como la cima de una liturgia. Aquí están los coturnos, con una sonora campanilla en el centro, para marcar patéticamente ese plano superior y brillante en el que vive la odiada y envidiada señora. Aquí está, sobre los coturnos, una de las criadas, fingiéndose señora, alzando los brazos, revistiéndose de un gesto solemne y autoritario, a través del cual se adivina todo el patetismo del hombre que quiere hablar desde la cima.

Y, sobre todo, aquí están estas prodigiosas actrices, Nuria Espert y Julieta Serrano, poniendo las voces, los gestos, los movimientos, la desesperación y la unión de la Ceremonia en una interpretación que es, a la vez, íntima y violenta, interior y aparatosa, momento espectacular. Una interpretación, en suma, que, sin desvalorizar el texto, lo toma como base de un compor-

tamiento físico y lo «encoloriza» al modo que pedía Artaud.

Mayrata O'Wisiedo, en la señora, ofrece un trabajo totalmente distinto, pero igualmente eficaz, justamente ella no pertenece a la Ceremonia. Está fuera de la tragedia. Es la autoridad, la belleza y la fortuna, ajena, desde sus alturas, a las miserias de este mundo.

Concluida la Ceremonia, Nuria Espert, Julieta Serrano y Mayrata O'Wisiedo, representaban, recibiendo los aplausos del público barcelonés, la mejor esperanza del teatro español: la de

un teatro empeñado en expresar la claridad y la oscuridad del hombre y no su anecdótico más trivial; la esperanza de un teatro estético, creador, y no recogido en la repetición de viejos cánones del falso realismo pequeño-burgués.

(Previamente, Nuria Espert cantó en catalán, sin música ninguna, varias canciones judías de la época de la persecución hitleriana. Es un prólogo inesperado, de una terrible fuerza, profundamente ligado por caminos directos, al espectáculo y a sus sugerencias.) ■ J. M.

BATALLA POR UN PASTEL

Las «pequeñas» sociedades americanas querían limitar el apetito del ogro de la informática

«Si no tenemos cuidado, de aquí a diez años toda la economía americana habrá pasado bajo el dominio de sólo una cincuentena de grandes firmas», ha predicho, la semana pasada, un alto funcionario del departamento del Tesoro. Añadía, por otra parte, que el gobierno de Nixon se preparaba a enviar al Congreso un proyecto de ley contra la proliferación de las sociedades «holding», que permiten a los bancos comerciales utilizar el dinero depositado por sus clientes para tomar el control de numerosas empresas.

Esta semana, la comisión de créditos de la Cámara de Representantes ha iniciado una encuesta sobre la proliferación de las fusiones de todas cla-

ses que llevan a la creación de enormes «conglomerados de empresas». Los comentarios que provocó en Francia la «batalla del vidrio» entre Saint Gobain y B.S.N. sorprendieron enormemente a los americanos, entre quienes este tipo de enfrentamiento es moneda corriente. Evidentemente, la industria más prometedora, la de los computadores y la informática, es la que es objeto de luchas más violentas.

En cuanto se trata de computadores no se habla más que de miles de millones. De las 70.000 máquinas instaladas en todo el mundo —frente a las 570 de 1956—, 56.000 se encuentran en Estados Unidos. El año pasado se vendieron 7.000.000.000 de dólares de